



Hernán Rivera Letelier

"SOY EL HOMBRE MAS LIBRE DE ESTE

Este hijo de la pobreza y del rigor de la pampa nortina se ha convertido en uno de los escritores más exitosos de nuestra literatura. La historia de este niño que perseguía remolinos en el desierto y que, a pesar de su relevancia literaria, sigue siendo un hombre humilde y sencillo, es tan apasionante como los cuentos de sus libros.

No se ahurica con la fama ni despilfarrará el dinero que ya no le falta. No quiere tener auto, cuenta corriente ni tentaciones consumistas. Tan sólo quiso asegurar la casa propia que ni él ni su padre habían tenido.

La tranquila vida de Hernán Rivera Letelier es una oda a la sencillez y la libertad: "Mi gran riqueza es el placer de vivir el día sin prisas. Puedo pararme la tarde entera a escuchar a un ciego que canta en la calle. Y no me atraso, porque mis días tienen 25 horas. Vivo más que el resto de la gente, creo que muy pocos pueden decir lo mismo", dice.

Este hijo del caliche nortino —que hoy está convertido en uno de los novelistas más vendidos de nuestra literatura— no posa de hombre popular con arrogancia. Tampoco ha adoptado aires de intelectual. Muy por el contrario, con una sonrisa cálida y una palabra amable acoge a todos los que lo saludan por las calles de Antofagasta. Sus contemporáneos lo adoran y admiran. Se ha transformado en la "Perla del Norte" sin pretenderlo. "El aprecio de la gente es lo mejor que me ha pasado. Hay muchos escritores admirados, pero muy pocos son queridos por su público. Es lejos lo más lindo de mi nueva vida", comenta.

No solamente la piel morena de Rivera está curtida por el Sol y la sal del desierto, también su alma. Nació hace 50 años en Talca, pero a los pocos días sus padres nortinos volvieron con el niño recién

nacido a la pampa. En medio del desierto de Atacama —"el más cabrón del mundo", como él lo define—, Hernán dio sus primeros pasos y aprendió a sobrevivir en la aridez y el rigor.

Su padre trabajó en las salitreras y su madre daba pensión a los mineros. De día jugaba a perseguir los remolinos de arena que el viento correteaba en la pampa. En las noches se escondía bajo el mantel de la mesa para escuchar muy a tientas las fabulosas historias sobre los misterios del desierto que contaban los pensionistas. Esas leyendas y aventuras las guardaron sus masas, y hoy son la vida que plasma en sus libros. Ellas dieron origen a su exitosa primera obra, *La reina Isabel cantaba rancheras*, y a su último libro *Los trenes se van al pargatorio*.

El colegio lo terminó cuando ya era adulto, en cursos del Inacap para trabajadores. Después de su rutina de minero que dinamitaba rocas grávidas de caliche en la oficina salitrera Pedro de Valdivia, ocupaba sus noches para escribir poesía. Quería ser el mejor escritor, superar la pobreza, y dar un mejor pasar a su esposa y cuatro hijos.

Y lo consiguió. Primero a golpes de picota, después con su prodigiosa pluma. Hoy recrea el mundo de los poblados salitreros fantasma, que alguna vez le dieron vida al páramo atacameño.

LA PAMPA: EL PARAISO PERDIDO

Usted tiene una relación entrañable con la pampa nortina. ¿Cómo fue que nació en Talca?

—Casualidades de la vida, porque a los días de nacido ya estaba de vuelta en la pampa. Recién a los

veinte años conocí Talca, me fui a dedo desde acá. Criado en el desierto más estéril y "cabrón" del planeta, comencé a ver el verde del sur... ¡quedé loco! Ya en Talca, supe que no nací en el hospital como todo el mundo, sino que en la pieza de una casa, y con una portera. Fue en una fría noche de lluvia del 11 de julio de 1950. Desde que nací, conocí la pobreza.

¿Qué recuerdos tiene de su infancia?

—A pesar de mi origen humilde, recordar mi niñez es como volver al paraíso perdido... la pampa. Crecí en la oficina salitrera Algorta, allí teníamos toda la pampa para jugar... era hostil, pero nuestra. Con mis amigos perseguíamos remolinos de arena en el desierto. Los viejos nos decían que si entrábamos al centro del remolino y alzamos los ojos podríamos ver al mismo diablo (rie). Lo único que conseguíamos era quedarnos dos días con la vista roja. Debo haber sido el colegial más cismático de la historia, siempre me armaba a ver el tren que iba a Arica. Lleno aventuras increíbles, que hasta hoy las recuerdo con alegría.

La pobreza en que creció, ¿fue muy difícil de llevar?

—En mi infancia no, los niños son felices con lo mínimo. Mi viejo se sacaba la "crestá" en la salitrera para que comiéramos, y no alcanzaba para más. Me crió a "puta pelá", a medio vestir. Mi mamá ayudaba a mi viejo dando pensión a los mineros. Crecí escuchando los cuentos de los pensionistas: eran historias de espíritus y ánimas que pensaban en el desierto. Me asustaba más que la "crestá", pero me encantaban. Creo que allí nació mi afición por contar historias. Gracias a eso, hoy me gano la vida.

Su salto de minero de origen humilde a escritor famoso es todo un mérito. ¿Cuándo se tomó en serio su anhelo por ser escritor?

—Cuando me fui al sur a dedo: durante tres años recorrí Chile así. Para el '73 volví a la pampa, los mineros te agarraban hasta por si acaso y no podías andar a dedo por la carretera. Me propuse ser escritor, y de "puro patudo", porque



591882

40
VEA

Nº 2968 (14-660-2000)

"Soy el hombre más libre de este país" [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Rivera Letelier, Hernán, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Soy el hombre más libre de este país" [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile